

2R 4, 8-11.14-16a	Ese hombre de Dios es un santo, se quedará aquí
Rm 6, 3-4.8-11	Por el Bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que andemos en una vida nueva
Mt 10, 37-42	El que no toma su cruz no es digno de mí. El que los recibe a Uds, me recibe a mí

La hospitalidad, virtud humana y cristiana

De los varios temas que trata el evangelio de hoy -el seguimiento radical de Cristo Jesús, las exigencias de la identidad cristiana, la acogida a los enviados de Cristo- podemos dar relieve al que las mismas lecturas subrayan más: la hospitalidad.

En los domingos del Tiempo Ordinario, la primera lectura anticipa ya el mensaje del evangelio, haciéndonos así ver este mensaje ya presente en el Antiguo Testamento. Hoy, la exquisita amabilidad de aquel matrimonio de Sunem para con el profeta Eliseo es la que adelanta la invitación que nos hace Jesús en el evangelio, de saber acoger a los profetas actuales, incluso a las personas más pobres y menos significativas socialmente, como si fueran él mismo.

Pero también podemos reflexionar sobre la fuerte exigencia que supone ser seguidores de Cristo Jesús, así como sobre las consecuencias que Pablo deduce de nuestro Bautismo. No sería mala idea dar comienzo a la celebración de este domingo con la aspersion bautismal, en lugar del acto penitencial, aludiendo en una oportuna monición a esta lectura que se escuchará a continuación.

2 Reyes 4, 8-11.14-16. *Ese hombre de Dios es un santo, se quedará aquí* Leemos un simpático episodio -a modo de "florejilla"- de la vida del profeta Eliseo. Una buena mujer de Sunem, de acuerdo con su marido, decide poner a disposición del profeta itinerante una sencilla habitación en la parte alta de su casa, en un gesto de elegante hospitalidad. El profeta anuncia a la pareja que tendrán un hijo, como premio de Dios a su bondad, superando así la mayor desgracia que podía tener una mujer en aquel ambiente: el no tener hijos (más adelante, se cuenta cómo murió ese hijo y cómo Eliseo lo devolvió a la vida; es una serie de episodios en paralelo con el de la viuda de Sarepta y el profeta Elías).

El salmo entona alabanzas a Dios porque siempre ha estado cerca del pueblo para salvarlo: "cantaré eternamente las misericordias del Señor". El salmista quiere que todos saquen la conclusión de seguir los caminos del Señor, de "caminar a la luz de su rostro".

Romanos 6, 3-4.8-11. *Por el Bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que andemos en una vida nueva* Pablo, siguiendo con su decidida doctrina de la salvación por la fe en Cristo, acude aquí al hecho del Bautismo. Los cristianos, por este sacramento, se han incorporado a Cristo y han pasado con él de la muerte a la vida. Pablo tiene que inventar neologismos en griego para expresar el movimiento dinámico del Bautismo, que se supone realizado por inmersión: hemos sido con-crucificados, con-muertos, con-sepultados, pero también con-resucitados con Cristo a nueva vida (en otro pasaje dirá también que con-sentados a la derecha de Dios). Pablo expresa ese acontecimiento sacramental como un "injerto" de los creyentes en Cristo. Lo que le interesa resaltar es que ya desde el Bautismo hemos de morir al pecado y vivir para Dios, al igual que Cristo ya no muere más, sino que vive para Dios.

Mateo 10,37-42. *El que no toma su cruz no es digno de mí. El que os recibe a vosotros, me recibe a mí* Leemos hoy la parte final del segundo de los grandes discursos que Mateo pone en labios de Jesús: el sermón de la misión. Este evangelio tiene dos pasajes diferentes, con sus correspondientes consejos y consignas.

En el primero, con formulaciones que pueden parecer exageradas y paradójicas, Jesús afirma la radicalidad que supone en su seguimiento: ni siquiera el afecto a los padres o a los hijos puede ser superior a la fidelidad que debemos tener para con él. Más aún, incluso la propia vida nos debe parecer relativamente menos importante que el seguimiento de Jesús. El que le quiere seguir debe cargar con la cruz y seguirle.

En el segundo, promete que tendrán premio de parte de Dios los que acojan a los que Jesús envía a predicar. El que le recibe a él, recibe al Enviado de Dios: así quien acoge en su nombre a los profetas o discípulos, e incluso a los más pequeños que Jesús envía con una misión, le recibe a él mismo: "el que os recibe a vosotros me recibe a mí".